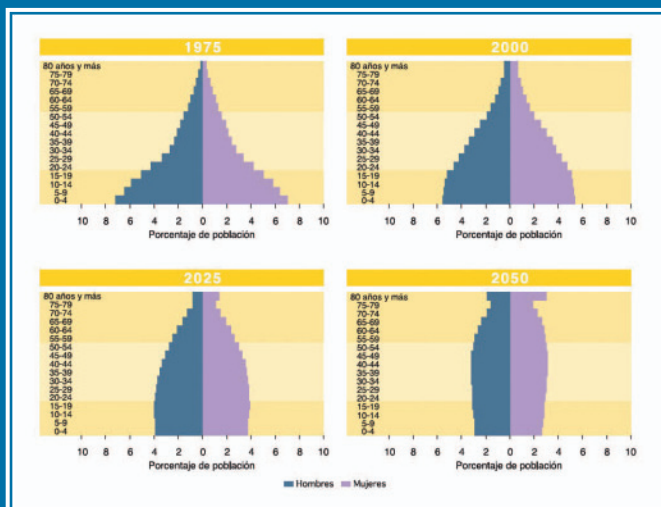


María Ángeles Durán (dir.)



El trabajo del cuidado en América Latina y España

Estos materiales están pensados para que tengan la mayor difusión posible y que, de esa forma, contribuyan al conocimiento y al intercambio de ideas. Se autoriza, por tanto, su reproducción, siempre que se cite la fuente y se realice sin ánimo de lucro.

Los trabajos son responsabilidad de los autores y su contenido no representa necesariamente la opinión de la Fundación Carolina o de su Consejo Editorial.

Están disponibles en la siguiente dirección:
<http://www.fundacioncarolina.es>

Primera edición, diciembre de 2011
© Fundación Carolina - CeALCI
C/ General Rodrigo, 6 - 1.ª planta
Edificio Germania
28003 Madrid
www.fundacioncarolina.es
informacion@fundacioncarolina.es

Diseño de la cubierta: Alfonso Gamo

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

ISSN: 1885-866-X

Depósito legal: M-28.670-2010

Impreso en papel reciclado

4. MÁS ALLÁ DE LAS CIFRAS: LA DIMENSIÓN TEÓRICA Y CUALITATIVA DEL CUIDADO

Ramón Ramos Torre*

Voy a tratar de ceñirme a lo anunciado en el título de mi intervención, es decir, a una reflexión de orden preferentemente teórico, a sabiendas que otros conferenciantes han tratado y tratarán casos más pegados al terreno que aportan una mayor información sobre el problema que nos ocupa. Por otro lado, dado que se me ha invitado sabiendo a qué me dedico en el orden de la teoría, espero que acepten que mis reflexiones se sitúen en el plano del tiempo y específicamente del tiempo social. Ciertamente, no en general, sino en lo concreto: en sus relaciones con el sistema de las actividades sociales y, más específicamente, con las actividades de cuidado.

Aproximar el tema de las actividades atendiendo a sus determinaciones temporales se ha convertido en una perspectiva muy compartida en la ciencia social contemporánea: en nuestro país ha dado lugar a trabajos muy relevantes, como los de María Ángeles Durán (1988, 2000), Soledad Murillo (1996), Cristina García (2003), Cristina Carrasco (2001) y muchas otras personas, algunas muy jóvenes y con aportaciones muy notables, que acabarán siendo nombradas al hilo de esta exposición.

Ese tipo de aproximación es tan obvia que parece poco necesitada de una simultánea clarificación teórica¹. Y así es como se suele hacer: dando por descontado y aporoblemático el tiempo del que se habla y sus relaciones con el sistema completo de las actividades o con un conjunto específico de ellas (las actividades ligadas al traba-

jo o al ocio o, como en este caso, a los cuidados).

No me parece mal que las cosas se hagan así, pues si estuviéramos dándole continuamente vueltas al marco analítico con el que pensamos el mundo, probablemente la realidad se nos escaparía del campo de observación y obtendríamos poca información sobre ella. Pero no pareciéndome mal esta aproximación que se encamina resuelta al asalto de lo que tenemos a la vista, creo que también es bueno descansar de vez en cuando y ponerse a perfilar conceptos más finos y más sutiles relaciones entre ellos. Llega entonces el momento de la teoría, que no es otra cosa que un intento de contemplar con más sosiego y distancia emocional mejor lo que aparece o, dicho de otra manera, pensar más cosas a la vez y de forma más abstracta. Sólo así podemos enmarcar la observación de la realidad de forma (moderadamente) reflexiva.

4.1. METÁFORAS DEL TIEMPO

Pero entremos en el tema propuesto, dejando a un lado estas reflexiones de orden general. El punto de partida es el reconocimiento de una obviedad y es que actuar, hacer algo, implica tiempo. Aquí el consenso es universal y el descubrimiento nulo; es lo obvio. Menos obvio es que ese tiempo que suponemos como inseparable de las actividades se dice y concibe legítimamente de muchas maneras. Si es así, entonces no se puede reducir a un con-

* Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

¹ El trabajo de referencia en las reflexiones sociológicas sobre el tiempo sigue siendo el libro de Barbara Adam (1990).

cepto único, simple, estático, siempre el mismo, sino que resulta más bien poliédrico o, por decirlo con los clásicos, proteico. Es muchas cosas distintas a la vez, algunas muy mezcladas, otras más separadas. Resulta, además, que es fácil que se pase de las unas a las otras, de modo que al final resulta difícil saber en cuál de sus caras se está y qué podemos observar por medio de ellas.

Sobre cuáles son esas caras, esas formas, o esas variantes del tiempo existe una literatura desbordante que arranca del pensamiento clásico antiguo. Es evidente que no voy a entrar en sus complejísimo juegos de espejos². Lo que aquí nos puede bastar es contar con (y aclarar) un concepto suficientemente complejo del tiempo que haga justicia a lo que intentamos describir y saber cuando abordamos el estudio de las actividades sociales y, en concreto, el estudio de esa específico conjunto de actividades que llamamos cuidados.

La propuesta que hago es que para poder abordar convenientemente ese tema nos bastaría con tomar en consideración lo que voy a denominar cuatro metáforas del tiempo³. Estas metáforas están en el lenguaje común en cuyo marco los actores sociales se comunican y dotan de sentido (o de sin-sentido) a lo que hacen y les ocurre. Son metáforas, porque en todos estos casos no se tiene la pretensión de fijar lo que el tiempo es en sí, sino a qué se parece y cómo hay que

tomarlo en consideración y actuar en su marco; es decir, no se nos dice que el tiempo sea esto o aquello o lo de más allá, sino a qué se asemeja y con qué imágenes expresivas hemos de denominarlo, vivirlo y actuarlo.

No profundizo más en esto, a la espera de que la cosa se vaya aclarando según vayamos avanzando. Pero supongamos que la propuesta sea sensata y que podamos dar cuenta del tiempo social en el marco de cuatro metáforas muy arraigadas en el lenguaje del día a día. ¿Cuáles son? Las paso a anunciar a la espera de ir las aclarando paso a paso⁴.

La primera es la metáfora que convierte al tiempo en un *recurso* del que se dispone al actuar. Desde este punto de vista, es una cosa con un estatuto idéntico al de las múltiples cosas que pueblan nuestra experiencia (mesas, billetes de metro, naranjas) y que nos apropiamos, administramos, usamos, perdemos, ganamos, intercambiamos, etc. Lo relevante en estos casos es que con el tiempo –y sólo gracias a disponer de él– podemos hacer algo; si no lo tuviéramos todo quedaría en un querer, soñar, idear, etc., hacer algo, pero sin acción efectiva –una simple pretensión de un hacer que no se hace–.

La segunda metáfora presenta al tiempo como un marco o, mejor, como un *entorno* en el que la acción (y nuestra vida en general) se desarrolla. Aquí estamos también

² Sobre distintas maneras de concebir el tiempo, consúltese AA.VV. (1978), Adam (1990), Fraser (1980), Gale (1968).

³ La relevancia de las metáforas (también las del tiempo) en el lenguaje cotidiano ha sido destacada por Lakoff y Johnson (1991). En el campo filosófico los mejores análisis sobre las metáforas de fondo en cuyo marco se construye el pensamiento están en Blumenberg (2003).

⁴ Un análisis más detenido de las cuatro metáforas y del material empírico a partir de ha podido reconstruirlas se halla en Ramos (2007 y 2009).

ante una aproximación que concibe el tiempo como un algo que está ahí fuera, en el mundo, pero en este caso a modo de entorno externo al que nos hemos de acomodar o amoldar, en el que están fijadas las constricciones a que hemos de someternos y las posibilidades que podemos explotar. Más adelante se podrá comprobar y especificar esto con mayor riqueza de detalle.

La tercera metáfora, por su parte, concibe el tiempo como algo que forma parte de nosotros, hasta el extremo de que podríamos concebirlo (y vivirlo) como si fuera lo más propio de nuestro ser. En el caso de esta tercera metáfora, el tiempo es cuerpo, es decir, es una determinación entrañada en nosotros mismos como seres vivos que nacen, se desarrollan, decaen y mueren. Llamaré a esta metáfora, la del *tiempo encarnado o incorporado*—o la del *tiempo como cuerpo*—.

Hay, por último, una cuarta metáfora en la que el tiempo se nos muestra y lo decimos como un *horizonte* en el que es dado contemplar conjuntos variados de acontecimientos. En este caso, el tiempo es también algo que no está ahí fuera con independencia de lo que hagamos, sino algo que está en el interior de nuestra conciencia, aunque dependa del punto de observación en el que nos encontremos —como cualquier horizonte—. En ese horizonte, como habrá ocasión de comprobar, recordamos lo que denominamos pasado, esperamos lo que llamamos futuro y atendemos a lo que percibimos como presente.

Hasta aquí la propuesta en una presentación muy comprimida. Las preguntas que surgen inmediatamente son obvias: ¿por qué esas cuatro metáforas y no algunas más, o algunas menos?; ¿por qué esas, tan específicas, y no cualesquiera otras que parecen también asentadas en el lenguaje? Pues bien, que las metáforas puedan ser más y que, lógicamente, haya otras distintas de las enunciadas es algo que doy por descontado⁵. Si se estuviera en otro contexto de análisis, es muy probable que hubiera que dejar de lado estas metáforas, o que no bastaran, y que se tuviera que considerar otras más relevantes u operativas. Pero en el contexto actual, en el que ahora se está centrando la atención, parecen especialmente adecuadas.

¿Cómo se puede saber? ¿Cómo es posible asegurar que para dar cuenta del suceder de las actividades sociales en el día a día cuatro son las metáforas del tiempo recurrentes y que son justamente las enunciadas? Estas cosas sólo se pueden asegurar (o más bien conjeturar) de forma mínimamente solvente si resulta que la propuesta es el resultado de un esfuerzo de investigación que, planteándose el problema del tiempo desde la óptica de los actores sociales legos (y no en el marco de las polémicas entre los especialistas en ciencias y humanidades), ha acabado reconociéndolas en sus intervenciones discursivas. En efecto, la propuesta sobre las cuatro metáforas es el resultado obtenido en una investigación emprendida hace unos años⁶.

⁵ En un trabajo clásico, Brumbaugh (1978) analiza otras posibles metáforas. También en el libro de Lakoff y Johnson (1991) se acotan otras metáforas del tiempo.

⁶ Sobre las características de esa investigación y sus resultados, véase Prieto, Ramos y Callejo (2008).

No entro en los detalles de esa investigación. Buscaba (en colaboración con otros colegas) indagar las relaciones entre el tiempo del trabajo y el tiempo de la vida cotidiana. Para conseguir un acceso cualitativo al problema, se diseñaron y realizaron 14 Grupos de Discusión, en cuyas características no es necesario entrar aquí. Lo que sí parece pertinente es destacar al menos tres de los resultados alcanzados por la investigación: el primero aseguraba que el tiempo era central en las intervenciones discursivas de los actores que formaban parte de los grupos de discusión cuando relataban a los demás, en sus discursos, retazos de su vida cotidiana; el segundo mostraba que, a la hora de dar cuenta de su compleja experiencia temporal, los discursos emergentes utilizaban un repertorio de metáforas por medio de las que se mentaba y daba sentido al tiempo, que no quedaba así arrinconado como lo inasible o lo oscuro, sino convertido en algo reconocible, mentable y casero; y el tercer resultado a destacar fue que, si como analista uno se esforzaba en reconducir a un número limitado de casos esas metáforas del tiempo, se podían reconducir a las cuatro anteriormente enunciadas.

Las cuatro metáforas del tiempo no son, pues, oscuras (o luminosas) intuiciones del momento, sino el resultado de una investigación empírica que intentó también abrir espacios de reflexión teórica. Si se atendiera a lo que en términos de análisis sociológico suponen esas metáforas, se comprobaría que se relacionan con lo que, a mi entender, hay que considerar como aspectos cruciales de la acción social.

Los podemos reconducir a un doble eje de distinciones. El primer eje es el de la *agencia/paciencia*, en el que se toma en consideración que la acción social supone un agente propiamente dicho que decide y actúa en razón de las decisiones que adopta, pero también un actor que sufre (de ahí el aspecto de paciencia) los embates, constricciones y posibilitaciones del entorno en el que la acción se desarrolla⁷. El segundo eje es el del *cuerpo/intencionalidad*, que toma en consideración que los actores incorporan o encarnan determinaciones que si no se tomaran en consideración harían ininteligible lo que hacen, pero que también son actores intencionales que toman decisiones de acción en el marco de horizontes temporales que les permiten recordar, esperar y atender.

Ciertamente, perseguir en profundidad estas someras indicaciones supondría una empresa que requeriría el tiempo, las precisiones y el cuidado que en el contexto de una intervención circunscrita y breve son imposibles. Dejo ahí esbozado lo que me parece que está por detrás (en términos analíticos) de las cuatro metáforas del tiempo, para desembocar en el tema de sus relaciones con las actividades, que es lo que interesa en este contexto.

4.2. TIEMPO Y CUIDADOS

Interesa dar cuenta de ese conjunto formado por las actividades que denominamos cuidados. Fijar su semántica queda por fuera de esta aproximación. Es obvio que convendría adentrarse en su estudio,

⁷ Este eje agencia/paciencia es fundamental en la teoría de la acción de Arendt (1993); de esa fuente lo recojo.

considerando no sólo lo que se fija en la abundante literatura que se acumula en las ciencias sociales sobre el tema, sino también lo que dicen los actores sociales cuando realizan esas actividades, lo que supondría investigaciones de orden cualitativo que otra gente ha emprendido. Supongo que en el marco de esa literatura y de esas investigaciones, podemos fijar una semántica de los cuidados que acote en qué actividades se plasman, qué significan para quienes las realizan, con qué otras actividades se emparentan, etc. Pues bien, puedo asegurar que, en cuanto se entra en ese espacio de análisis, acabamos encontrando que los cuidados, como cualquier otra actividad, están temporalizados de una forma que no resulta trivial y que esa temporalización se vive y se dice en el marco de las cuatro metáforas del tiempo de que venimos hablando.

Empecemos por la primera metáfora, aquella que presenta el tiempo como un *recurso* que se utiliza para actuar. En la investigación a la que antes me he referido se detectaba que, lejos de los tópicos de algunos analistas, ese recurso-tiempo no sólo se concibe en términos económicos, sino también en otros términos –ya sean morales o políticos. Que el tiempo sea un recurso económico quiere decir que es un algo que se puede usar o invertir en esto o aquello en pos de la consecución de un determinado bien. Que eso sea así es un tópico instalado en el lenguaje, que alcanza su apoteosis en los tiempos de la nueva sociedad industrial y capitalista (Adam, 1999). Pero el recurso-tiempo no se puede limitar a ser dicho y vivido como un puro recurso económico. Es también, y de forma muy principal, un recurso moral.

¿Qué significa esto? Algo obvio y de la mayor importancia, y es que no se administra según la lógica de la utilidad, la rentabilidad y el beneficio, sino según las determinaciones de un código en el que priman las distinciones que enfrentan lo que se debe y no se debe hacer, lo que es bueno y lo que es malo. Es así como el tiempo-recurso queda moralizado en el lenguaje del día a día. De ahí que cuando la gente utiliza su tiempo en algo, actuando como un agente que, haciendo eso en concreto, eventualmente podría hacer algo muy diferente, no lo hace necesariamente sólo según un cálculo de utilidades, sino también en cumplimiento de ciertas normas morales en las que cree o por las que es creído. Actúa, en consecuencia, como un actor moral que cree hacer lo que es debido y lo que es bueno, y que en razón de ello no pretende alcanzar ventajas materiales, sino la aprobación (o reprobación) de sus semejantes.

Tomar esto en consideración es crucial para comprender la temporalidad propia de las actividades de cuidado. Utilizando estos esquemas analíticos de fondo, una joven investigadora, Matxalen Legarreta (2008), ha mostrado de qué forma la moralización del tiempo como recurso va de la mano de lo que denomina el tiempo donado, que constituiría un tiempo característico de los cuidados.

En efecto, en gran parte (o mejor: en su parte diferencial y estratégica) el tiempo que se utiliza como recurso a invertir en las distintas actividades de cuidado es concebido y vivido como un recurso moral sometido al código del deber y el bien. Se hace lo que se hace (es decir: cuidar al otro)

porque se trata de un deber moral, un deber que se concreta en la inversión de una cierta cantidad de tiempo en la atención al otro. Así concebidos y vividos los cuidados, su tiempo no se invierte propiamente, sino que se dona.

Esta donación es su rasgo distintivo. Y es evidente que incluso en sus dos variantes más dispares, la donación (dominada siempre por las pulsiones morales) se despliega según una lógica temporal estricta, muy distinta de la propia de las acciones y los acuerdos contractuales.

La variante más tópica de la donación –y que ha sido objeto de atención desde las investigaciones de Marcel Mauss (1973)– es la que se materializa siguiendo el principio de reciprocidad que hace que lo que hoy dono me sea retornado en el futuro: *do ut des*, he aquí su fórmula clásica. Hay así un círculo del tiempo⁸ que hace que los objetos donados vuelvan a su punto de partida y todo quede restaurado según era inicialmente. En última instancia, en ese círculo se despliega la solidaridad intergeneracional que hace que el tiempo dado por los padres sea devuelto por lo hijos, que a su vez se introducirán en ese círculo en el que todo es dado y devuelto en el seno de un tiempo circular y eterno.

La otra variante de la donación es más radical: se da sin esperar nada a cambio, como una entrega graciosa y gratuita que no presupone reciprocidad. Se trata y se vive como puro cumplimiento de un deber de protección y cuidado de los desvalidos,

un deber que se sitúa por encima del tiempo y no espera compensación futura –todo lo más: agradecimiento–.

Estamos ante variantes del tiempo como recurso que se muestran especialmente en las actividades de cuidado. Es evidente –tal como lo muestra su mercantilización– que el tiempo de cuidado puede aparecer también como un recurso económico que se usa, compra, paga, contabiliza y rentabiliza. Pero sería reductivo considerarlo sólo desde ese punto de vista. Es también y fundamentalmente, como se acaba de comprobar, un recurso moral que se dona en el seno de complejos círculos de reciprocidad. ¿Hay algo que iguale los dos casos? Sin duda hay algo y es, además, relevante. Se trata del hecho de que, ya sea intercambiado según utilidad, ya sea donado, en ambos casos el tiempo es un recurso medible, cuantificable. En ambos casos podemos determinada la cantidad de tiempo que se emplea en el cuidado, ya sea para recibir una compensación económica a cambio, ya sea como fruto de una donación que no busca compensación económica y funciona según otra lógica.

Con todo, el tiempo-recurso no es el único medible y medido. También cuando el tiempo aparece, no ya como un recurso que uso, sino como una determinación del entorno en el que se despliega la acción, se muestra y es tratado como un conjunto de duraciones que los relojes y calendarios miden y hacen públicos. Estaríamos entonces en el ámbito propio de la segunda metáfora del tiempo, la que lo presenta

⁸ Malinowski (1973) hablaba del círculo del *kula* para dar cuenta de esta circularidad en el intercambio, según el principio de la reciprocidad, de los regalos que se donan.

como un *marco* o *entorno* en el que la acción se desarrolla y al que hemos de adaptarnos.

¿En qué radica la diferencia con la anterior? En algo fundamental: el tiempo como entorno de la acción fija cuándo y durante cuánto tiempo se puede o debe hacer algo, con independencia de que dispongamos del recurso-tiempo para que la acción sea factible. Pueda o no pueda venir a una conferencia, quiera o no quiera venir, el horario en que se va a impartir está prefijado y sólo el que está en el aquí y el ahora en el que ocurre puede asistir a su desarrollo. Es el tiempo como entorno: un tiempo que pasa ante nosotros (o por el que hemos de pasar) y al que debemos adaptarnos, porque está fijado socialmente con independencia de nuestros deseos y conveniencias.

¿Qué problemas nos plantea esa conformación del tiempo? Se me ocurren al menos tres (que han sido tratados en abundancia por la literatura especializada⁹) y que son pertinentes para abordar los problemas temporales de las actividades de cuidado. Esos problemas tienen nombre: el encaje temporal, la jerarquía temporal y la sincronización. El encaje plantea el problema de si puedo acoplar, acomodar o encajar el tiempo del que dispongo con el que está prefijado en el entorno en el que me muevo: ¿consigo o no consigo encajarlo?, ¿hay un hueco en el que se pueda insertar? La jerarquía plantea el problema de establecer prioridades en los relojes y calendarios sociales a favor del tiempo que ocupan unas u otras actividades: ¿a qué ho-

raríos han de ser sacrificados los demás?; ¿es el horario de los niños el que domina el horario de los adultos, o las cosas ocurren al revés?; ¿quién fija el tiempo al que los demás nos adaptamos? La sincronización plantea, por su parte, el problema del encuentro en el tiempo de los actores sociales y sus actividades: ¿disponemos de un tiempo común, participado por todos?; ¿podemos quedar en un momento del tiempo que sea común para todos?; ¿quién hace qué mientras el otro acomete otra específica tarea?; ¿podremos quedar al terminar?, etc.

La proyección de todo esto sobre el tiempo de los cuidados es obvia. Ya sea en la forma de las políticas de conciliación¹⁰ que se pusieron en marcha en la Unión Europea desde los años 80 y que a finales de los 90 han tenido su traducción legal en España, ya sea en la variante más ambiciosa de lo que en Italia se ha denominado políticas del *tempo della donna e della città*, en ambos casos el problema de los cuidados es abordado como aquél en el que se ventilan las relaciones entre un conjunto de actividades (repartidas desigualmente entre los actores sociales) y un tiempo-entorno que se plasma en horarios y calendarios de trabajo, ocio, aprendizaje, vida familiar y cuidados. En todos los casos, se enfrentan los tres problemas que se acaban de enunciar: el problema del encaje de unos tiempos en otros (¿es posible dejar a los niños en el colegio antes de entrar al trabajo?), pero también el problema de la jerarquía temporal (¿han de seguir dominando los horarios de trabajos sobre el resto de los horarios so-

⁹ El trabajo de referencia es el de Lewis y Weigert (1992).

¹⁰ Sobre el tema véanse el reciente trabajo de Inés Campillo (2010) y la abundante literatura en ellos citada.

ciales?) y, cómo no, el problema de la sincronización (¿cómo es posible organizar el sistema del tiempo familiar de modo que haya encuentros en los que los miembros del grupo puedan comunicarse y retejer su solidaridad y sus afectos?).

Se trata de una pequeña muestra de los problemas temporales que la problemática social de los cuidados ha enfrentado en estos años y para los que se han dictado normas con orientaciones políticas y sociales muy dispares. No entro en la evaluación de las distintas políticas desarrolladas en este campo. Lo que me interesa es destacar que, en todos los casos, el problema es de orden temporal y que la imagen que mejor la retrata es la del tiempo como un entorno externo de la acción. Las relaciones sociales en su conjunto y la igualdad de género, en concreto, justamente se juegan en ese plano decisivo en el que el tiempo se muestra como un entorno exigente al que se acopla la acción y sus actores. De ahí que las políticas sociales y las políticas de género deban ser diseñadas como políticas del tiempo.

Abordemos la tercera metáfora, la que denominaba antes del tiempo *incorporado o encarnado –o del tiempo como cuerpo–*. A diferencia de las dos anteriores, el tiempo no aparece aquí como una cosa de la que me puedo apropiar, o como una determinación exterior que me condiciona, sino como algo que es propio y constitutivo de mí mismo en cuanto que ser vivo y que se encarna en las determinaciones más hondas de cuerpo que soy.

Todos sabemos que los organismos vivos son sistemas en los que se conjugan y co-

ordinan una multiplicidad de relojes biológicos cuyos ciclos tienen duraciones distintas, desde los períodos breves o infra-dianos, hasta los de más larga duración o supra-dianos (Moore-Ede, Sulzman y Fuller, 1982). También nosotros estamos estructurados por esos tiempos que se inscriben en nuestro organismo y que nos van configurando desde el nacimiento, a lo largo de nuestras distintas etapas vitales, hasta la muerte. Esta evidencia ha sido interpretada de forma muy diferente por parte de los pensadores que forman parte de nuestra tradición. Pero ya se conciba a los humanos como seres para la muerte (Heidegger, 1998), o como seres para la vida (Adam, 1990), o como seres que, por hecho de nacer, están abocados a protagonizar un comienzo (Arendt, 1993), en cualquier caso lo que se destaca es que el tiempo no es un bien a nuestra disposición, o una determinación del entorno en el que actuamos, sino la estructura más profunda de nuestro ser: somos tiempo.

Todo esto es, a mi parecer, de enorme interés, pero ¿qué relevancia tiene desde el punto de vista de la acción y más específicamente de las actividades relacionadas con el cuidado? Pues bien, que seamos tiempo tiene al menos dos consecuencias importantes en este contexto de análisis.

La primera es que, en razón de nuestras determinaciones más hondas como organismos vivos, no toda acción está disponible en cualquier momento de nuestra existencia. Desde este punto de vista, lo que prima es la oportunidad, eso que los griegos llamaban *kairos* y que los clásicos traducían como la ocasión o el momento

oportuno¹¹. Cualquier sociología del trabajo, de la reproducción o de la educación ha de tomar esto en consideración. Cuando la joven trabajadora pierde su oportunidad de promoción en el trabajo porque está embarazada o porque es ya madre, o cuando, alcanzada una cierta edad, tiene que apartarse de ciertos espacios públicos para dedicar su tiempo a la reproducción y la crianza, en todos estos casos el tiempo incorporado es el que tiene un protagonismo decisivo. Aquí no se depende de un tiempo que está a nuestra disposición, ni se trata de acomodarse a lo que mandan horarios o calendarios convencionales, sino que se trata de hacer socialmente posible lo que está inscrito en la estructura temporalizada del organismo. Que eso suponga desigualdad, derivas sacrificiales o discriminación en razón del género es evidente por sí mismo y habrá que hacerlo inteligible en términos de análisis social. Por decirlo en frase manida que aparenta decir más de lo que dice: el cuerpo temporalizado es también una construcción social. Pero cuando damos cuenta de esa construcción y atendemos al tiempo que en ella se dramatiza, hemos de subrayar siempre que ese tiempo no está fuera, ahí, en el mundo, sino aquí, en mí, y que es mi cuerpo.

La otra consecuencia que anunciaba es que, en razón de que somos organismos vivos y, por ello, seres temporalizados, estamos abocados a establecer sistemas sociales de solidaridad inter-generacional cuyos principios pueden ser más o menos racionales y justos, pero que han de exis-

tir por razones evolutivas. Me impresionó mucho, hace ya tanto tiempo, la teoría de la fetalización que el sociólogo alemán Arnold Gehlen adoptó y adaptó en términos sociológicos. Dice la tal teoría que nacemos prematuramente y que gran parte de nuestro proceso de fetalización o desarrollo fetal no ocurre en el vientre de nuestra madre, sino en el seno del grupo social que, convertido en un gran útero, ha de cuidarnos para que asegurar nuestra viabilidad. Esto significa que el cuidado de la generación joven –pero es evidente que se podría alargar la tesis al cuidado de la generación anciana– constituye una tarea que habría que considerar como un destino manifiesto –asumible y realizable de muchas maneras socio-culturales, pero al fin y al cabo ineludible–. El tiempo incorporado marca nuestra capacidad de acción. El poder de que disfrutan los organismos maduros no puede ser arbitrario, sino que es un poder para asumir la obligación de cuidado que le compromete con las generaciones más jóvenes y más ancianas, ambas desvalidas. No asumir las responsabilidades sociales que arrastra consigo el tiempo incorporado es ponerse de espaldas a la gran responsabilidad evolutiva que contraemos por el hecho de nacer. Yendo incluso más lejos –y en este contexto serían de gran ayuda las reflexiones de Hans Jonas (1995) sobre lo que denominó el Principio de Responsabilidad– podríamos asegurar que ese deber de cuidado hay que alargarlo, yendo más allá de nuestros semejantes humanos, al conjunto de la naturaleza. El cuidado sería así la determi-

¹¹ La relevancia del *kairos* en la teoría del tiempo ha sido destacada últimamente por Marramao (1992). En el campo de la sociología, Jacques (1984) he construido su teoría del tiempo social sobre la contraposición *kronos/kairos*.

nación fundamental de lo vivo, la condición fundamental para asegurar nuestra viabilidad como especie en un mundo sometido a riesgos de destrucción ecológica.

Queden aquí estos simples apuntes que apuntan muy lejos y que, más allá del tiempo hecho cuerpo, nos llevan a plantear una semántica de largo alcance del cuidado acorde con sólidas tradiciones filosóficas y con temas centrales en esta época de la crisis ecológica que nos ha tocado vivir.

Cumple ahora hacer una breve aproximación a la otra metáfora del tiempo, para mostrar su pertinencia en la descripción y el análisis de las actividades de cuidado. En este cuarto supuesto el tiempo no es ni recurso, ni entorno externo de la acción, ni determinación de un cuerpo vivo, sino un *horizonte* que se contempla en la conciencia.

Nuestro lenguaje cotidiano colapsaría e impediría la comunicación si no introdujera constantemente distinciones entre lo que suponemos que ocurre en la actualidad, lo que ocurrió (o debió ocurrir) en el pasado y lo que eventualmente ocurrirá (o podrá ocurrir) en el futuro. Esta distinción pasado/futuro realizada en el presente de la acción es precondition de lo que podemos decir y hacer en el mundo. Desde las reflexiones de Agustín de Hipona (1984) sobre el tema, sabemos que pasado y futuro no son sino horizontes del presente en el que nos hallamos, nos interrogamos y actuamos. Por lo tanto, proponer que la cuarta metáfora del tiempo lo presenta

como un doble horizonte es tanto como decir que lo muestra como un paisaje o panorama que contempla la conciencia y en el que se sitúan las cosas que recordamos o las cosas que esperamos o barruntamos –con o sin temor, con o sin esperanza–.

Desde la perspectiva de la acción, ese doble horizonte del tiempo es precondition para resolver el problema del sentido de las cosas. Lo que vivimos adquiere o no sentido en el seno de historias o relatos que unen lo que ocurre con lo que ocurrió en el pasado, prologándolo hacia un final que se sitúa en un futuro¹². Ese sentido del final¹³ de los relatos es condición de posibilidad del sentido de lo que decimos y de la identidad en la que nos afirmamos. Ser una persona es estar situado en una historia (eventualmente colectiva) que viene del pasado y que nos encamina hacia un futuro en el que habrá de concluir.

Todo esto es muy evidente –o así parece–. Pero ¿qué relevancia tiene para el tema que nos ocupa, es decir, para las actividades de cuidado? La relevancia no es tan directa como en los casos anteriores, porque es de un orden más general, pero no deja de significarse. Para comprobarlo me voy a limitar a reflexionar sobre dos casos (que surgen, por cierto, de la investigación empírica) en los que los horizontes del tiempo se entranan en el modo de concebir la actividad de cuidado.

El primero surge al hilo de lo que, en la investigación anteriormente referida, conta-

¹² El análisis más completo (e influyente) sobre el relato y las aporías del tiempo se encuentra en la magna obra de Paul Ricoeur (1983-5).

¹³ La expresión es de Kermode (1983), que realiza un análisis sistemático sobre su honda significación cultural.

ba una trabajadora de turno de tarde que llegaba a su casa a tiempo todavía para acostar a los hijos y contarles las historias del día. En sí el caso es trivial: unos hijos que esperan y atienden, y una madre que, antes de dormirlos, los entretiene contándoles lo que ha deparado la jornada, qué ha ocurrido, qué han hecho los clientes, qué los jefes. Pero a poco que se atiende, tendremos que reconocer que lo que así se activa no es un suplemente de las actividades de cuidado, sino algo que es central en ellas: poner a disposición de aquellos a los que se cuida los relatos que los van situando en el mundo, que hilvanan las anécdotas del día, conformando una historia que se conecta con las historias de los días anteriores, hasta constituir las historias de la madre –o del padre, lo mismo da– que, contando cómo es el mundo, dan sentido al acontecer del grupo familiar, definen sus personajes, los sitúan en su despliegue en el tiempo y asignan sentido a lo que ocurre.

El segundo caso tiene que ver con la conformación moral del pasado, es decir, con la necesidad de convertirlo en fuente de enseñanzas morales que nos permitan fijar modelos plausibles de acción. El caso se refiere a las historias de familia que cuentan las jóvenes mujeres trabajadoras para enfrentar la experiencia que les toca vivir. En esas historias sobre la infancia aparece la madre como protagonista de un relato ambivalente: por un lado, como mujer entregada de forma incondicional a la crianza de los hijos; por otro, como un peón o, más duro aún, como la esclava de un varón que le impone el servicio a su persona y los hijos como un destino. Esas historias son historias morales, en las que el pasado es enjuiciado para conseguir un modelo plau-

sible en el presente y, sobre todo, despejar las incógnitas del futuro. Situarse en los horizontes del tiempo constituye, pues, la condición para definirse a sí mismo como actor que asume frente a los otros los deberes de cuidado que asumieron los que nos precedieron en el tiempo, pero intentando no caer en sus errores, esquivando el destino sacrificial ejemplificado en los protagonistas familiares de las historias de la infancia. Definir socialmente el cuidado sólo se logra así por medio de la puesta a disposición de un pasado convertido en un haz de historias.

4.3. CIERRE

Acabo aquí la exposición. Anunciaba al principio que pretendía abrirme a reflexiones que mostraran de qué manera en el plano de los cuidados y sus actividades el tiempo es un aspecto fundamental, pero también un aspecto complejo que hay que reconstruir en sus múltiples caras. Espero haber hecho plausible que esa complejidad es reconducible a las cuatro metáforas que he propuesto y que, al explorarlas, se hayan hecho a la luz aspecto decisivos del universo práctico de los cuidados que es el que aquí centra nuestra atención.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1978): *Le temps et les philosophes*. París, Payot/UNESCO, pp. 95-108.
- Adam, B. (1990): *Time and Social Theory*. Cambridge, Polity.
- (1999): "Cuando el tiempo es dinero.

Racionalidades de tiempo conflictivas y desafíos a la teoría y práctica del trabajo”, *Sociología del Trabajo* 37, pp. 5-39.

Agustín de Hipona (1984): *Las Confesiones*. Barcelona, Bruguera.

Arendt, H. (1993): *La condición humana*. Barcelona, Paidós.

Blumenberg, H. (2003): *Paradigmas para una metaforología*. Madrid, Trotta.

Brumbaugh, R. S. (1978): “Metaphysical presuppositions and the study of time” en J.T. Fraser, N. Lawrence y D. Park (eds.), *The Study of Time III*. New York, Springer-Verlag, pp. 1-21.

Campillo, Inés (2010): “Políticas de conciliación de la vida laboral y familiar en los regimenes de bienestar mediterráneos: los casos de Italia y España” *Política y Sociedad* 47, 1, pp. 189-213.

Carrasco, C. y A. Recio (2001): “Time, work and gender in Spain” *Time & Society*, 10, 2/3.

Durán, M. A. (1988): *De puertas adentro*. Madrid, Instituto de la Mujer.

—(2000) “Uso del tiempo y trabajo no remunerado” *Revista de Ciencias Sociales*. (monográfico sobre género y desigualdades). n° 18.

Fraser, J. T. (1980): “Out of Plato’s Cave: the Natural History of Time” , *The Kenyon Review*, 2, 1, pp. 143-162.

Gale, R. (ed.) (1968): *The Philosophy of Time*. New Jersey, Humanities Press.

García Sáinz, C. y S. Y. García Díez (2003): “El valor del trabajo más allá de su equivalente monetario” *Cuaderno de Relaciones Laborales*, 17 (7-8), pp. 39-64.

Heidegger, M. (1998): *Ser y Tiempo*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria [Trad. de J. E. Rivera].

Jacques, E. (1984): *La forma del tiempo*. Buenos Aires, Paidós. [1982].

Jonas, H. (1995): *Le principe de responsabilité. Une éthique pour la civilisation technologique*. París, Ed. du Cerf [1979; trad. Barcelona, Herder, 1995].

Kermode, F. (1983): *El sentido de un final*, Madrid, Gedisa.

Lakoff, G. y M. Johnson (1991): *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid, Cátedra.

Legarreta, Matxalen (2008): “El tiempo donado en el ámbito doméstico. Reflexiones para el análisis del trabajo doméstico y los cuidados”, *Cuadernos de Relaciones Laborales* 26, 2, pp. 49-73.

Lewis, J. D. y A. J. Weigert (1992): “Estructura y significado del tiempo social” en R. Ramos (comp.) *Tiempo y sociedad*, Madrid, CIS, pp. 89-131.

Malinowski, B. (1973): *Los argonautas del Pacífico Occidental*. Barcelona, Península.

Marramao, G. (1992): *Kairós. Apología del tempo debito*. Roma-Bari, Laterza. [Trad. Gedisa: Barcelona 2008].

Mauss, Marcel (1973): *Sociologie et anthropologie*. París, PUF.

Moore-Ede, M. C., Sulzman, F. M. y Fuller C. A. (1982): *The Clocks That Time Us: Physiology of the Circadian Timing System*. Cambridge, Massachusets. Harvard University Press.

Murillo, S. (1996): *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*. Madrid, Siglo XXI.

Prieto, C., R. Ramos y J. Callejo (eds.) (2008): *Nuevos tiempos del trabajo. Entre la flexibilidad de las empresas y las relaciones de género*. Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

Ramos, R. (2007): "Metáforas sociales del tiempo en España: una investigación empírica" en C. Prieto (ed.), *Trabajo, género y tiempo social*. Editorial Complutense y Editorial Hacer. Madrid, pp. 173-204.

—(2009): "Metáforas del tiempo en la vida cotidiana: una aproximación sociológica", *Acta Sociológica* 49, pp. 51-70.

Ricoeur, P. (1983-5): *Temps et récit*. Tomes I, II, III. París, Editions du Seuil.